

REPUBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

DIARIO DE SESIONES DE LA ASAMBLEA GENERAL

CUARTO PERIODO ORDINARIO DE LA XLIV LEGISLATURA

14ª SESION ESPECIAL

PRESIDE EL LICENCIADO HUGO FERNANDEZ FAINGOLD
(Presidente)

ACTUAN EN SECRETARIA LOS TITULARES SEÑORES MARIO FARACHIO Y MARTIN GARCIA NIN

S U M A R I O

Páginas

1) **Texto de la citación** 93

2) **Asistencia** 93

3) **Homenaje póstumo al señor Presidente de la Asamblea General y de la Cámara de Senadores, doctor Hugo Batalla** 94

- Manifestaciones de varios señores Legisladores.

- Se resuelve guardar de pie un minuto de silencio; designar a los señores Legisladores Batlle y Santoro para hacer uso de la palabra en nombre de la Asamblea General en el acto de despedida de los restos mortales del doctor Hugo Batalla que se realizará en el Palacio Legislativo el día de las exequias; participar por la prensa el lamentado fallecimiento y enviar ofrenda floral; y hacer llegar a la familia del doctor Batalla la versión taquigráfica de los discursos pronunciados en esta sesión.

4) **Se levanta la sesión** 111

1) TEXTO DE LA CITACION

“Montevideo, 3 de octubre de 1998.

La ASAMBLEA GENERAL se reunirá en sesión especial en el día de hoy, a la hora 18, a fin de tributar homenaje póstumo al señor Presidente de la Asamblea General y de la Cámara de Senadores Dr. Hugo Batalla.

Martín García Nin
Secretario

Mario Farachio
Secretario**”**

2) ASISTENCIA

ASISTEN: los señores Senadores **José Andújar, Marina Arismendi, Danilo Astori, Jorge Batlle, Nahum Bergstein, Luis Brezzo, Susana Dalmás, Jorge Gandini, Reinaldo Gargano, José Hualde, Luis E. Mallo, Rafael Michelini, Pablo Millor, Ronald Pais, Carlos Julio Pereyra, Martín Ponce de León, Luis B. Pozzolo, Américo Ricaldoni, Wilson Sanabria, Walter Santoro, Albérico Segovia, Nicolás Storace** y **Orlando Virgili,** y los señores Representantes **Washington**

Abdala, Marcos Abelenda, Julio Aguiar, Alvaro Alonso, Guillermo Alvarez, Daniel Arena, Roque Arregui, Alejandro Atchugarry, Bernardino Ayala, Pedro Balbi, Carlos Baráibar, Gabriel Barandiarán, Raquel Barreiro, José Bayardi, Luis Batlle Bertolini, Jorge Boerr, Luis Alberto Bolla, Gustavo Borsari Brenna, Juan Federico Bosch, Brum Canet, José Carlos Cardoso, Omar Castro Riera, Daniel Corbo, Daniel Costa, Gabriel Courtoisie, Jorge Chápper, Silvana Charlone, Guillermo Chifflet, Ruben Díaz Burci, Daniel Díaz Maynard, Carlos Dos Santos, Mario L. Espinosa, Ricardo Falero, Alejo Fernández Chaves, Carlos Gamou, Javier García, Arturo Guerrero Silva, Doreen Javier Ibarra, Alberto Iglesias, Julio Lara, Dimar Larroque, Ramón Legnani, José Mahía, Felipe Michelini, Ricardo Molinelli, León Morelli, José Mujica, Leonardo Nicolini, Lucio Núñez, Jorge Orrico, Gustavo Penadés, Ramón Pereira Pabén, Enrique Pintado, Carlos Pita, Iván Posada, Baltasar Prieto, Eduardo Rodino, Enrique Rubio, Fernando Saralegui, Diana Saravia Olmos, Roberto Scarpa, Juan A. Singer, Guillermo Stirling, Carlos Testoni, Daisy Tourné, Jaime Mario Trobo y **Walter Vener Carboni;**

FALTAN: con licencia los señores Senadores **Alberto Couriel** y **Guillermo García Costa,** y los señores Representantes **Martha Montaner** y **Julio Olivar Cabrera;**

CON AVISO, los señores Senadores **Alberto Cid, Carlos M. Garat, Luis Alberto Heber, Dante Irurtia, José Korzeniak, Helios Sarthou** y **Pablo Iturralde,** y los señores Representantes **Mario Acosta, Luis Alberto Andriolo, Fernando Araújo, Ricardo Berois Quinteros, Jorge Coll, Adolfo Falero, Ruben Ferreira Chaves, Luis Fontes, Luis José Gallo Imperiale, Alem García, Daniel García Pintos, Arturo Heber Füllgraff, Pedro L. Hernández, Carlos Lago, Ariel Lausarot, Carlos Lazcano, Jorge Machiñena, Julio C. Matos Pugliese, Silvio Núñez Guerra, Ruben Obispo, Claudia Palacio, Agapo Luis Palomeque, Darío Pérez, Gonzalo Piana Effinger, Humberto Pica Ferrari, Yeanneth Puñales, Juan Carlos Raffo, Alicia Rainusso, Edison Sedarri Luaces, Víctor Semproni, Carlos Soria** y **Pedro Suárez Lorenzo.**

3) HOMENAJE POSTUMO AL SEÑOR PRESIDENTE DE LA ASAMBLEA GENERAL Y DE LA CAMARA DE SENADORES, DOCTOR HUGO BATALLA

SEÑOR PRESIDENTE.- Habiendo número, está abierta la sesión.

(Es la hora 18 y 17)

-La Asamblea General ha sido convocada en la tarde de hoy con el fin de tributar homenaje póstumo al señor Vicepresidente de la República, Presidente de la Asamblea General y Presidente de la Cámara de Senadores, doctor Hugo Batalla.

Saludamos la presencia de sus familiares, entre ellos su señora esposa, así como también la del señor Presidente de la República y su señora esposa, y la de los señores Ministros.

Dése cuenta de varias comunicaciones recibidas por la Mesa.

(Se lee:)

"A la Asamblea General:

Me encuentro en Nueva Palmira, a 280 Km. de distancia, y me entero consternado del fallecimiento del Vicepresidente de la República, Dr. Hugo Batalla.

Siendo imposible llegar a la convocatoria de esta Asamblea, desde aquí hago un emocionado homenaje al amigo de tantos años y una solidaridad afectuosa con toda la familia.

José Korzeniak. Senador."

Partido Democrático Trabalhista
Diretório Nacional

Rio de Janeiro, 03 de outubro de 1998.

Ao
Exmo. Sr.
Dr. Julio María Sanguinetti
DD. Presidente da República Oriental del Uruguay
FAX (005982) 800.9397

Venho expressar a Vossa Excelência e ao nobre povo uruguaio minhas sinceras condolências pelo falecimiento do ilustre e digno Vice-Presidente da República, o nosso querido amigo, Dr. Hugo Batalla.

Fraternalmente,

Leonel Brizola. Presidente Nacional do PDT.**"**

"Canelones, 3 de octubre de 1998.

Señor Presidente de la
Asamblea General,
Lic. Hugo Fernández Faingold

De mi consideración:

Ruego haga presente a la Bancada del Partido Colorado y familiares mi sentido pesar por el fallecimiento del señor Vicepresidente de la República, Dr. Hugo Batalla.

Atentos saludos.

Agapo Luis Palomeque. Representante por Canelones."

"Unión Interparlamentaria

Ginebra, 3 de octubre de 1998.

Profundamente conmovidos ante el deceso del Sr. Hugo Batalla, Vicepresidente de la República Oriental del Uruguay, Presidente del Senado y Presidente de la Asamblea General, quisiéramos en nombre de la Unión Interparlamentaria, de sus colegas en el Comité de Derechos Humanos presidido por él, y de todos sus amigos parlamentarios del mundo entero que tuvimos el honor y privilegio de trabajar junto a él, hacer llegar nuestra solidaridad al gobierno, al Parlamento y al pueblo del Uruguay y nuestras sinceras condolencias y profunda simpatía a su familia en este triste y difícil momento.

Con nuestro mayor respeto y muy atentamente,

Miguel Angel Martínez	**Anders B. Johnsson**
Presidente del Consejo Interparlamentario	Secretario General de la Unión Interparlamentaria"

"St-Michel de Lanès, el 3 de octubre de 1998.

Dr. Jaime Trobo
Presidente de la Cámara de Representantes
de la República Oriental del Uruguay
Montevideo

Querido Presidente, querido amigo:

Con mucha tristeza acabo de enterarme, a través de una llamada telefónica de Anders Johnsson, del fallecimiento de Hugo Batalla, después de una dura lucha contra la enfermedad.

Ha sido para mí no solamente un privilegio sino una gran experiencia para mí conocer a Hugo y trabajar junto a él en el seno de la Unión Interparlamentaria. Los años de su participación en la labor del Comité de Derechos Humanos de la UIP, que presidió con suma competencia y dedicación, me permitieron apreciar sus grandes calidades tanto como hombre político que como persona. Pocas veces en la vida tiene uno la oportunidad de encontrar a un hombre capaz, como fue Hugo de conservar la mayor sencillez y una auténtica dimensión humana al ascender a los más altos cargos políticos.

Al mismo tiempo que te manifiesto mi sinceras condolencias te ruego tengas a bien trasmitirlas a los miembros del Parlamento Uruguayo y expresar a su familia el testimonio de mi profunda simpatía en su dolor.

Con un fuerte y fraternal abrazo.

Pierre Cornillon. Secretario General Honorario de la Unión Interparlamentaria.**"**

-Tiene la palabra el señor Legislador Pozzolo.

SEÑOR POZZOLO.- Señor Presidente de la República; señor Presidente de la Asamblea General; señores Legisladores; familiares de Hugo Batalla; señores Ministros; autoridades civiles y militares: en medio de la congoja con que iniciamos este día, siento entrañablemente en mi interior que en el país hoy se ha derrumbado una verdadera institución. No sé si en estos minutos tendré, por el dolor que me embarga, la lucidez de decir al entrañable amigo el mensaje de despedida que me hierve en el corazón y que él merece.

Ha caído una institución, sí, una de esas instituciones humanas que se forjan a sí mismas día tras día, que van creciendo como un edificio en el cual se van colocando poco a poco los ladrillos que han de componer su arquitectura, y que son el resultado del esfuerzo de toda una vida sin claudicaciones, llevada adelante con nobleza, en un medio como el nuestro en el que es posible empezar desde abajo y encumbrarse por la grandeza del propio esfuerzo.

Batalla fue eso: una estatua forjada por su propia mano. Fue hijo de una familia muy humilde de inmigrantes calabreses, de esas familias que llegaron al país para, en un crisol de razas, forjar esta orientalidad que Hugo sentía tanto y tanto defendió. Empezando desde abajo, desde las filas sindicales, accedió con gran esfuerzo y dedicación al título profesional que siempre honró, y fue creciendo en grandeza espiritual hasta convertirse, al cabo de toda una larga vida, en lo que hoy el país puede proclamar: una referencia personal, una referencia ética, una referencia política; en definitiva, una gran referencia moral.

Muchas fueron las horas de lucha, a veces combatiendo desde las mismas trincheras y a veces enfrentados; pero al cabo de tantos años no tengo un solo recuerdo que pueda ensombrecer aquella amistad, aquel respeto, aquel afecto que le supimos tener y que él supo conquistar. Creo que todos podemos hacer esta reflexión final, absolutamente todos en el país, porque en esta nación plural, en esta nación que ofrece posibilidades para los méritos, para la dignidad, para la honradez, para el trabajo, todos concluimos al final que en el día de hoy el Uruguay ha perdido a uno de sus mejores ciudadanos.

Afable, cordial, siempre dispuesto a la lucha, al trabajo, a la fraternidad, Batalla deja dentro de todos nosotros un recuerdo y un ejemplo. En lo personal, un recuerdo que me ha de acompañar toda la vida como una de las mejores resonancias de mi corazón. Siento por él admiración, respeto y profundo cariño. Siempre leal, siempre mesurado, a veces criticado precisamente por eso, por su serenidad para enfrentar las cosas, por su afán de no cometer errores, ya que reflexionaba a fondo cada uno de los pasos que iba dando en la vida.

Siento, ahora que había vuelto a su vieja cuna -a la vieja y gloriosa cuna del Partido de la Defensa, del Partido de Rivera, del de José Batlle y Ordóñez, del de Luis Batlle- que dentro de nosotros se produce un inmenso vacío pues, como concluye la canción popular, cuando un amigo se va no hay palabras, por imposibles, que puedan llenarlo.

Hoy hay pesar en la Asamblea General, en el Senado, en el Parlamento todo, en el Gobierno con el cual estaba colaborando con tanta intensidad y con tanta inteligencia; en sus amigos, en los viejos amigos del grupo político que tuvo su nacimiento en 1962, cuando abrió dentro del Partido Colorado una nueva vertiente y ayudó a fundar la Lista 99, siguiendo con sus pasos posteriores, algunos de los cuales desanduvo después sin dejar heridas ni rencores, porque siempre se entendió que sus decisiones eran tomadas con limpieza, y porque, además, era tan digno que no se podía tener una sola sospecha respecto de él.

En lo personal estoy apesadumbrado y he pasado un día muy infeliz, muy triste, cavilando en lo que representa para mí, para sus amigos, para sus compañeros del Parlamento, el alejamiento de Hugo Batalla. Lo vamos a recordar siempre. Lo vamos a tener -como decía antes- como una permanente referencia moral.

Muere dignamente, luchando por la vida hasta el último minuto y deja al país, al Partido, a todas las agrupaciones políticas y, fundamentalmente, a su familia, una especie de monumento de orgullo, que podrá exhibir de aquí en más como uno de los más caros testimonios que pueda dar un hombre a sus seres queridos.

A los familiares de Hugo vaya mi apretado abrazo, mi corazón entregado, con todo dolor, con todo cariño, porque sé que a partir de hoy, aquí en el Parlamento, por lo menos para mí, las cosas ya no serán como fueron hasta hace unos pocos días.

SEÑOR PRESIDENTE.- Tiene la palabra el señor Legislador Trobo.

SEÑOR TROBO.- Señor Presidente: debo decir que si bien la presencia de una enfermedad cruel -que conocíamos y cuyo desenlace sabíamos que llegaría en cualquier momento- a todos, Legisladores y ciudadanos de este país, nos había preparado para la noticia, y que la propia realidad daba la pauta de que no estaría más entre nosotros el doctor Batalla, el hecho consumado fue para nosotros la apertura de una circunstancia de congoja y de dolor.

En nombre del sector que integro, el Herrerismo, expreso nuestra solidaridad con el Partido Colorado, con la familia del doctor Batalla, con su grupo político, y un sincero dolor ante estas circunstancias.

Mantuvimos diferencias con el doctor Batalla en lo político, como también tuvimos coincidencias; algunas diferencias, en determinadas circunstancias y respecto de algunos temas de la vida del país, pueden calificarse de profundas. Pero, a pesar de ello, se recoge naturalmente una principal coincidencia, que es la del espíritu y el trabajo por la preservación de los valores democráticos y de la vida en una sociedad libre. En ese aspecto, en ese ámbito, en esa cuestión, encontramos una solidaridad plena -fundamental calificativo- y mutua, en forma permanente.

El extinto señor Presidente de la Asamblea General ha sido un hombre de trayectoria personal dignísima, que muestra a las claras que vivimos en una sociedad abierta en la que, cumpliendo plenamente con lo exigido en el tránsito por la vida pública, se puede llegar desde el hogar más humilde a las más grandes responsabilidades. Ese es un mérito del doctor Hugo Batalla; seguramente su éxito fue fruto de su esfuerzo y del de su familia, provenientes de su convicción personal de que uno era consecuencia del otro.

El doctor Batalla fue una personalidad característica del sistema político de nuestro país; una personalidad que -digámoslo con franqueza- muchas veces sufrió el calificativo de vacilante. Pero creo que es justo que quienes en circunstancias importantes de la tarea pública trabajamos con él reconozcamos que esa aparente vacilación iba acompañada de una profunda reflexión ante las decisiones sobre las cuestiones de fondo.

Una actitud personal que podemos calificar como propia de un buen hombre, hizo que el doctor Batalla contara, más allá de su posición política, de sus acciones políticas, con la simpatía de todos quienes lo conocimos. Y no dudo que esa actitud personal que tuvo el doctor Batalla hasta sus últimos momentos es también una de las características que muestra a las claras su condición de típico oriental, de típico uruguayo.

En su acción legislativa no solamente desarrolló tareas en nuestro país sino que además tuvo, por su condición de hombre trabajador y defensor de los derechos humanos, una acción muy importante en organismos internacionales, que ha sido ampliamente reconocida.

El doctor Batalla fue Presidente del Comité de Derechos Humanos de los Parlamentarios de la Unión Interparlamentaria. Desde ese ámbito -en el cual se le reconoce un trabajo paciente, esforzado, profundo, analítico, responsable, en el estudio de denuncias de los parlamentarios sobre violaciones de sus derechos en diversos países- se lo ha reconocido, se lo ha respetado y hoy seguramente se lo llora.

Permítaseme que dé lectura a un mensaje que hace pocas horas ha llegado a nuestro despacho, que recoge la impresión de las jerarquías de la Unión Interparlamentaria y señala claramente la opinión y el dolor que se expresa ante el fallecimiento del doctor Batalla. Dice así: “Al enterarnos de la triste noticia del sensible fallecimiento del doctor Hugo Batalla, le pido en nombre del Presidente del Consejo Interparlamentario y en el mío propio, hacer llegar el mensaje que adjunto a la Asamblea General de la República Oriental del Uruguay”. Otro mensaje, datado en Ginebra, expresa: “Profundamente conmovidos ante el deceso del Sr. Hugo Batalla, Vicepresidente de la República Oriental del Uruguay, Presidente del Senado y Presidente de la Asamblea General, quisiéramos en nombre de la Unión Interparlamentaria, de sus colegas en el Comité de Derechos Humanos presidido por él y de todos sus amigos parlamentarios del mundo entero que tuvimos el honor y privilegio de trabajar junto a él, hacer llegar nuestra solidaridad al Gobierno, al Parlamento y al pueblo del Uruguay y nuestras sinceras condolencias y profunda simpatía a su familia en este triste y difícil momento.- Con nuestro mayor respeto y muy atentamente, Miguel Angel Martínez, Presidente del Consejo Interparlamentario, y Anders B. Johnsson, Secretario General de la Unión Interparlamentaria”.

Es este mensaje, seguramente, una expresión de condolencia que arriesga ser una interpretación del sentimiento de todos los parlamentarios que han tenido, a nivel internacional, contacto con el doctor Batalla.

Yo tuve, en mi condición de Presidente de la Cámara de Representantes, la oportunidad de trabajar en intimidad con el doctor Batalla, de trabajar intensamente en temas comunes, y no puedo otra cosa que señalar un profundo agradecimiento hacia él. En primer lugar, por la sensibilidad que el doctor Batalla dio a la labor conjunta del Presidente del Senado y del Presidente de la Cámara de Representantes para abrir la posibilidad de articular razonablemente la eficacia del trabajo legislativo que nos es común, aun cuando en el Poder Legislativo existen dos ramas absolutamente independientes. Con el doctor Batalla encaramos el trabajo conjunto en muchas de las áreas que sirven a la gestión parlamentaria y hemos logrado éxitos que seguramente se van a perpetuar. Pero, además, una de las características del doctor Batalla como Presidente de la Asamblea General -que creo es importante destacar y que debemos continuar, como elogio a esa idea y a ese trabajo- es la apertura del Palacio Legislativo, sede del Poder Legislativo, a muchas acciones, actividades y presencias de nuestra comunidad nacional. Creo que esa sola muestra de disposición a que esta Casa forme parte de la vida nacional, no solamente por la actividad de quienes representan aquí al pueblo sino también por la misma presencia de éste, es el mejor elogio a esa semilla que él plantó.

Finalmente, señor Presidente, luego de esta rápida pincelada que hemos tratado de dar en cuanto a aspectos relevantes de la personalidad de Hugo Batalla, enviamos un saludo respetuoso al Partido Colorado, al sector político que el doctor Batalla lideró, personificándolo en tres de sus compañeros que, sabemos, han trabajado hasta los últimos momentos junto a él con intensidad y lealtad: me estoy refiriendo a nuestros colegas Yamandú Fau, Edén Melo Santa Marina y Baltasar Prieto; y vayan nuestras condolencias, nuestro saludo respetuoso, nuestra plena solidaridad, nuestro cariño y nuestra disposición a Hilda, a Laura y a su familia.

Muchas gracias.

SEÑOR PRESIDENTE.- Tiene la palabra el señor Legislador Singer.

SEÑOR SINGER.- Señor Presidente: más acá del Partido Colorado y de la Lista 15, quiero pronunciar estas palabras de muy sentido homenaje a Hugo Batalla, como un compañero y amigo, sin fallas a lo largo de más de cuarenta años.

En el trayecto hacia esta Casa venía pensando qué podía decir, ya que sentía el compromiso ineludible de expresarme sobre Hugo Batalla. Quiero decir sólo dos cosas. Una de ellas es que nadie puede dudar de que Batalla era un hombre puro, esencialmente puro; y puro como sinónimo de franco, de leal, de transparente, de probo. Esa pureza genética de Batalla, con la que tomamos contacto cuando lo conocimos en los primeros años de la década del cincuenta, se mantuvo indeclinable, precisamente por ser genética, a lo largo de toda su existencia. La otra es que lo que lo animó permanentemente, en forma indeclinable en toda circunstancia a lo largo de su vida y de su lucha, fue un profundo compromiso con la pobreza.

Batalla sintió que su existencia estaba ligada a la lucha contra la pobreza y a la lucha por los pobres. Y cada paso de su vida estuvo condicionado por algo que fue el centro motor de su existencia: su actividad gremial desde su más temprana juventud, y el paso a la actividad político-partidaria intensa, pues sentía que en ello tenía el medio, el instrumento más apto, más eficaz para continuar esa lucha.

Recordamos el enfrentamiento que tuvo nada menos que con el gran Luis Batlle en 1962, cuando contribuyó a formar la Lista 99; su salida del Partido Colorado, junto a Zelmar Michelini, en 1971 para formar el Frente Amplio; su retiro del Frente Amplio en 1989, la formación del Nuevo Espacio como lema y su presentación independiente en las elecciones. Por último, recordamos su reincorporación al Partido Colorado, aceptando formar parte de la fórmula encabezada por el doctor Julio María Sanguinetti en 1994.

¿Qué otra cosa fue lo que lo empujó, lo motivó y lo hizo dudar en toda circunstancia -porque eran pasos muy duros, muy difíciles- si no era su compromiso con la pobreza? Y la lucha contra la pobreza es una lucha difícil -¡vaya si lo es!- tremenda. No es fácil luchar por los pobres; no es fácil luchar contra la pobreza ni aquí ni en ninguna parte del mundo.

Hace un par de años leí uno de los últimos libros del economista, politólogo y filósofo Lester Thurow, quien mencionaba que en los últimos ciento treinta años muy pocos países -creo que cinco o seis- pudieron salir de su condición de países pobres. Y esa fue la lucha de Batalla. Digo que el mensaje y el testimonio de Batalla es ése: la lucha contra la pobreza, la lucha por los pobres, y que cada uno de esos pasos difíciles, políticamente muy comprometidos, fueron determinados por ésa, su motivación central, su motivación profunda, lo que llevaba en el alma como la causa esencial para realizarse como ser humano, utilizando la política como instrumento.

Por esas razones, hoy siento que su familia -su esposa, su hija y sus nietos- que formaba parte integral de su existencia, está de luto, está de duelo, como lo estamos sus amigos, su Partido; como lo están todos los que lo conocieron y como lo está el país por haber perdido a un oriental de primera. Pero siento que quienes están realmente de duelo con la muerte de Hugo Batalla son los pobres del Uruguay. En ese sentido, no tengo absolutamente ninguna duda.

Estas son las palabras que quería manifestar en esta sesión de la Asamblea General, para tributar mi homenaje a este gran luchador, a este gran compañero y amigo, para expresar desde esta banca a su familia que la congoja y el pesar que sentimos lo llevaremos siempre muy hondo.

SEÑOR PRESIDENTE.- Tiene la palabra el señor Legislador Pereyra.

SEÑOR PEREYRA.- Señor Presidente: nuestra Asamblea General se reúne hoy envuelta en un ambiente de enorme congoja, debido a la muerte de su Presidente, el doctor Hugo Batalla, ciudadano ejemplar de este país. Quizás porque es cierto lo que tantas veces se ha dicho en esta Asamblea General -donde están representados todos los sectores de opinión que existen en el país de que ella constituye algo así como el alma de la República- es que la congoja que hoy reina anida también en el alma de cada uno de los uruguayos que conoció a Batalla, que lo vio luchar, que conoció su actuación y que supo que además de un político era un luchador social. Es que no se puede ser un luchador político si no se es, al mismo tiempo, un luchador social, porque la tarea política es, fundamentalmente, una acción de servicio: la más formidable expresión de solidaridad, puesto que es la preocupación por el bienestar colectivo.

Entonces, como muy bien expresara su correligionario, el señor Legislador Pozzolo, aquí estamos naturalmente reconociendo no sólo la militancia partidaria de Hugo Batalla, sino, y por encima de eso, que es el país el que siente que hoy pierde, no a un hombre de partido, sino a un hombre de la República, a un gran uruguayo.

Frente a estas circunstancias, como Senador de un Partido que no es el suyo, debo hacer uso de la palabra para destacar, desde mi punto de vista -como lo hacen otros Legisladores- la dimensión de este ciudadano que hoy pierde el país. Además de hacerlo como Senador, lo hago como amigo personal de Hugo Batalla; se trata de una amistad que nace precisamente en esta Sala, cuando ingresamos por primera vez el mismo día, hace treinta y cinco años, el 15 de febrero de 1963, como representantes del pueblo.

Hugo entró formando parte de una bancada que se distinguió por su trabajo parlamentario y por la jerarquía de los hombres que la integraban. Llegó junto a Zelmar Michelini, a Aquiles Lanza, a Martínez Moreno, a Alberto Rosselli, al escritor Julio César Da Rosa, al prematuramente desaparecido Massa, integrantes todos de la Lista 99 del Partido Colorado; quizás he omitido algunos nombres, pero los tengo presentes a todos en su labor parlamentaria. La bancada ocupaba el sector de asientos en cuyo frente ahora se encuentran la señora Legisladora Dalmás y los señores Legisladores Astori y Baráibar.

Debo recordar aquellas jornadas parlamentarias de hace treinta y cinco años, ya que desde esa fecha en adelante mantuve una estrecha amistad con Batalla y además compartimos las bancas parlamentarias de todas las Legislaturas salvo, naturalmente, el tiempo del período del gobierno de facto.

La última vez que Batalla estuvo presente en esta Sala tenía el espíritu jovial y alegre de siempre; en algún momento podía aparecer la emoción, pero por sobre ella se anteponía esa sonrisa alegre que dispensaba a sus amigos. Pocos días antes, al conocer su enfermedad, se sentó en el sillón de la Presidencia del Senado y se dirigió a los Senadores, diciéndonos que después de unos días renovaba la misma lucha de siempre, con el mismo entusiasmo de siempre, con la misma fuerza de siempre, con la misma convicción de siempre, pero que le quedaba por librar la más dura de las batallas: la batalla por la vida.

Diría que lo que enfrentó Batalla a partir de ese momento fue una batalla contra la muerte, que encaró con el coraje de siempre, con ese coraje que se le vio exhibir y que es indispensable en todo luchador a fin de afrontar las contingencias de su difícil tarea. Creo que la batalla por la vida ya la había ganado, la lucha por la vida ya la había ganado, por la distinción de una existencia ejemplar, tal como queda demostrado a través de la admiración que sienten por él todos los ciudadanos demócratas de este país.

Batalla fue un triunfador en el terreno de la lucha por los ideales, que definió y orientó su vida; lucha que, como todas, recoge triunfos y fracasos, pero lo más importante es la lealtad a los principios y al ideal que se ha abrazado, la firmeza para combatir y el coraje para enfrentar todas las adversidades.

Fue un triunfador en el terreno del derecho. Desde que Batalla prestó su juramento al recibirse de abogado, de ahí en adelante, el país pudo comprobar que ese juramento fue pronunciado con absoluta convicción, desde el fondo de su conciencia, porque fue un celoso defensor de los principios que orientan el derecho, como suprema expresión de la dignidad de los pueblos. Como maestro del derecho, Batalla combatió contra todos los regímenes de facto, los de adentro y los de afuera del país; dio un sentido universal a su ideal y a sus luchas, como es universal el sentimiento de solidaridad en relación a la libertad. Fue un maestro del derecho que defendió a los humildes, como aquí se ha señalado; maestro del derecho que fue reconocido en el mundo como uno de los principales sostenedores de la vigencia plena de los derechos humanos, allí donde fueren desconocidos.

Fue un triunfador en el terreno de la política; esa que abrazó toda su vida con tanto calor; esa llama que encendió para no apagarse hasta hace pocas horas; esa llama que dignifica la existencia humana, que es la consagración de la más alta expresión de la condición humana, que es la solidaridad expresada en un ideal y en la lucha por una sociedad mejor.

Maestro en la conducta y en la práctica de la ética como luchador político; maestro en la austeridad de su vida, esa austeridad que consagra la vida de los hombres verdaderamente grandes, de los que no se dejan seducir por los oropeles del poder o del triunfo. La austeridad de una vida ejemplar signada por la lucha y por el sacrificio, vivida con gran dignidad, con una dignidad que hace que en el momento de su muerte se produzca un sentimiento generalizado de inmenso dolor. Porque el país siente que ha perdido a uno de sus grandes luchadores por la causa que identifica y define al pueblo uruguayo: la causa de la libertad, la causa del derecho, de la justicia, de la solidaridad; en definitiva, la dignificación de la vida a través de una acción de esfuerzo personal para llevar adelante un ideal que significaba mejores condiciones de vida y, con ellas, mayor dignidad para la existencia de los demás seres humanos.

Como amigo, no digo que despido a Batalla, porque su presencia va a estar siempre vigente entre quienes fuimos sus ami-

gos. Recordaremos permanentemente el sentimiento de amistad que trasmitía con su mano caliente, cada vez que estrechaba la nuestra. Lo recordaremos diciendo sus bromas afectuosas; lo sentiremos y lo veremos sonriendo con una expresión de afecto y de amor hacia los demás; lo recordaremos abrazado a su ejemplar dignidad y sentiremos que realizó su paso por la vida con la suprema dignidad que caracteriza la existencia de los hombres libres. Porque supo expresar lo que es ser un hombre libre en la lucha; porque tuvo coraje para luchar, para vivir y para morir. Enfrentó la muerte con gran dignidad y con gran coraje y uno se lo explica: ¿puede temer a la muerte un hombre que vivió con tanta dignidad, con tanta grandeza y con tanto amor como Hugo Batalla? Evidentemente no; recibe a la muerte como el fin natural. A nosotros nos deja la sensación del triste privilegio que es sobrevivir para, cada tanto tiempo, despedir a estos amigos como hombres, como ciudadanos; y a veces también, con nuestra responsabilidad de Legisladores, para sentir cómo estos hombres, con su conducta y con su acción, han honrado a la República, honrándose a sí mismos.

Muchas gracias.

SEÑOR PRESIDENTE.- Tiene la palabra el señor Legislador Rafael Michelini.

SEÑOR MICHELINI (don Rafael).- Señor Presidente de la Asamblea General, señor Presidente de la República, Hilda, Laura, familia de Hugo: una noche, en la primavera de 1991, veníamos Hugo y quien habla desde Salto a Montevideo. Era muy tarde; muy tarde. Habíamos suspendido una gira política por el departamento de Salto ya que había fallecido un compañero de ambos. La gente de Salto nos había pedido que no viajáramos; estábamos realmente cansados los dos. A pesar de eso, había que despedir a un amigo, porque era de las cosas que Hugo tenía: era verdaderamente amigo de sus amigos. Despedir a un amigo era más fuerte que el cansancio y la permanencia en dicho departamento.

Habíamos venido turnándonos en el volante y, llegando a Montevideo, cuando manejaba él, sinceramente primero me venció el sueño a mí y luego lo venció a él. Sobresaltado me desperté cuando ya estábamos en la banquina del otro lado; le grité y rápidamente corrigió el rumbo y enderezó el auto hacia la carretera. Nos invadió un profundo silencio a ambos; no dijimos palabra en el resto del camino. Esto no lo comenté con mi familia ni lo volví a comentar con él.

A veces la vida nos pone en el abismo, o a un paso del abismo, y uno, recordando instancias políticas y personales tan fuertes, vividas con una persona como Batalla, vuelve sus pensamientos hacia atrás y dice: ¡quién hubiera pensado en aquél momento que hoy lo estaríamos llorando!

En aquella época de giras y de esfuerzos políticos, ¡quién hubiera pensado que en algún momento él accedería a las máximas jerarquías públicas del país! ¡Quién pensaría que años más tarde nos encontraríamos, él como Presidente de la Asamblea General y del Senado y yo como Senador! ¡Quién pensaría que eso ocurriría por lemas distintos!

La vida unas veces junta y otras separa. ¡Quién pensaría que en la pasión política, a veces uno es injusto! Sin embargo, yo no puedo olvidar esos hechos, esas convocatorias, esos esfuerzos que hicimos juntos en esos años.

No puedo decir cuándo conocí a Batalla, porque él está integrado a mi vida desde que abrí los ojos. Desde el comienzo Hugo estuvo al lado de mi padre; juntos fundaron la Lista 99; estuvieron en las buenas y estuvieron en las malas. Se fueron juntos del Partido Colorado; conformaron el Frente Amplio y mantuvieron una conducta y una militancia permanente, con coherencia y apegados a los valores democráticos.

Hugo estuvo en las buenas y en las malas; estuvo en la vida de mi padre y en su muerte. Hoy evocaba en una emisora otro de los recuerdos que para mí son sustanciales y que están grabados a fuego. Cuando yo tenía diecisiete años, junto con mi madre y con Batalla fuimos a un cuartel a trasmitir a mi hermana, que estaba presa, el fallecimiento de mi padre. Esos hechos no se olvidan. Porque para nosotros, y creo que para todo el país, Hugo fue refugio. En los tiempos de la dictadura militar, Hugo fue refugio. Era consejero; la gente lo venía a consultar, inclusive por situaciones que nada tenían que ver con la realidad imperante.

No se trata sólo de la defensa de Seregni o la de Sendic; ¡y vaya que, naturalmente, Batalla estaba muy lejos de las ideas de Sendic! Pero Hugo fue refugio: siempre tenía la mano tendida para ayudar al más débil, para ayudar a aquel que en algún momento necesitaba refugio.

Si tuviera que destacar algunas de las tantas, de las miles de virtudes que tenía Batalla, mencionaría aquellas que son independientes de su vocación, de su labor política. Porque quiero rescatar al hombre, más allá de su vocación. Estoy seguro de que Hugo Batalla habría mantenido esas virtudes en cualquier actividad a la que se hubiera dedicado en la vida.

Hugo era la humildad personificada; era una persona llana. En varias oportunidades lo vi hablar con gente de su propio barrio, de su propio entorno. El era uno más; y por eso la representaba: porque era uno más. Hugo era un ser democrático; absolutamente democrático. Pero no por convicción o por valor: él era así. No lograba entender que otros pudieran autoadjudicarse representación. Siempre él era parte de un colectivo, e independientemente de que en forma natural desarrolló ese sentido democrático con su vocación política, estoy absolutamente convencido de que aquél iba más allá de la convicción y del valor. Era así. Batalla era plural, tolerante, respetaba al diferente. Y de eso aprendimos.

Si de todas las virtudes tuviera que destacar la mayor, quizás mencionaría su sentido del humor. En los momentos más difíciles, más complejos, el humor estaba presente. Era una especie de antídoto para las vivencias y las desgracias que muchas veces tuvo que pasar. El humor lo hacía vital: ese sentido jocoso que él tenía, lo hacía tremendamente vital, inclusive ante situaciones desgraciadas. Recuerdo un episodio que vivimos con el doctor Zumarán, a finales de la dictadura, en lo que fue más que una amenaza contra su vida, porque la información con que se conta-

ba no tenía que ver con un llamado telefónico, sino que era una referencia que habían hecho a una persona, quien pudo brindar ese dato. A pesar de la gravedad de la situación y de lo estresante que resultaba, su humor, su jocosidad la desdramatizaban; y eso le permitía seguir viviendo. Por eso digo que yo no conocí otro hombre con ese sentido vital.

Inclusive, hace poco tiempo, en el propio Senado o en algunas Comisiones tenía esa posibilidad de trasmitir fuerza, cuando era él quien la necesitaba. Y ése es, seguramente, el recuerdo que la población tendrá de Hugo. Era una persona de convicciones, humilde, democrática, pero sobre todo con humor vital.

Durante el último año y medio tuve oportunidad de hablar con él en algunas ocasiones. El tema que nos convocó fue el de los derechos humanos, la asignatura pendiente, un tema por el cual Hugo luchó hasta último momento, un compromiso de vida que él tenía y que en este último año y medio ejerció a plenitud, haciendo en silencio múltiples gestiones con los familiares de los desaparecidos, con monseñor Galimberti y con otras figuras de la sociedad.

En varias ocasiones nos trasmitimos los pasos que habíamos dado. Lo hicimos con franqueza e independientemente de estar en tiendas distintas y de tener, quizá, conductas diferentes, sabiendo que lo que nos movía estaba por encima de todo: de divisas partidarias, de opiniones políticas, de referencias y de conductas en la vida.

Batalla no sólo era un referente a nivel internacional en el tema de los derechos humanos sino que, hasta sus últimos días, en las conversaciones que tuve con él aprecié que el problema lo movía. A ese tema lo teníamos como móvil de conducta, como compromiso, como convicción, como asignatura; y él lo tuvo presente de por vida.

Honro lo que fue su vida, señor Presidente. Lo lloro en la muerte, y a su familia, que él siempre, siempre tuvo presente, la acompaño con el mayor dolor.

SEÑOR PRESIDENTE.- Tiene la palabra el señor Legislador Astori.

SEÑOR ASTORI.- Señor Presidente: realmente, va a ser muy difícil acostumbrarse a vivir sin Hugo Batalla; acostumbrarse a vivir sin él en esta tierra, en este país, en la vida política del Uruguay concebida en su conjunto, en esta Casa que presidió desde 1995 y cuyo sello -como ya señalaron algunos colegas en apreciaciones y sentimientos que comparto- fue capaz de imponer en muy corto lapso. Va a ser difícil acostumbrarse a vivir aquí sin él, porque desde hace tiempo formaba parte entrañable e inseparable de nuestra vida.

Batalla fue en vida una parte fundamental del Uruguay en las épocas en que le tocó vivir y que sellaron muy fuertemente la identidad de nuestra convivencia. Va a ser muy difícil imaginarse la política sin Batalla y, por supuesto, va a ser muy difícil pensar en la vida parlamentaria sin él.

Como ya señalaron algunos compañeros Legisladores, Hugo fue un hombre muy valiente. Fue muy valiente en la negra noche de la dictadura. Fue muy valiente para enfrentar al autoritarismo, a la represión, hasta convertirse -nadie lo discute a esta altura- en una de las figuras más emblemáticas del enfrentamiento a la barbarie, al despotismo, a la arbitrariedad, a la injusticia.

Pudo permanecer en el Uruguay, pero no para durar; permaneció para enfrentar. Y enfrentó a la dictadura desde los propios lugares en que ésta operaba; desde adentro. Y durante el transcurso de esa negra noche -lo dijo el señor Legislador Rafael Michelini hace un momento, y yo me sumo a sus palabras- supo ser un refugio, un auténtico refugio. Su mano siempre estuvo tendida. Fue referencia fundamental de quienes también tuvimos la suerte de permanecer en el país y de empezar a desarrollar actividad política en forma clandestina, con el objetivo fundamental de ayudar algún día a terminar con esa noche para amanecer nuevamente.

Para todos, Hugo fue un punto de referencia central e indiscutible durante esos años. Fue valiente porque siempre hizo lo que entendió necesario. Por supuesto, no vamos a ser nosotros quienes tengamos la pretensión de juzgarlo -sería un imperdonable acto de soberbia- pero nadie puede discutir que hizo lo que entendió necesario con una enorme honestidad intelectual, hecho que, a esta altura, a la hora de los balances, también resulta indiscutible.

No lo detuvieron las críticas, que fueron abundantes, ni la reflexión sarcástica ni el agravio. Fue para adelante. Hizo aquello que estaba convencido que debía hacer.

Y fue valiente por la enorme dignidad con que libró esta última lucha, esta última batalla, para hacer honor a su propio apellido. Luchó con enorme dignidad, sin una queja siquiera, sin un rictus amargo; siempre con una sonrisa. Lo hizo no sólo aquel día que recordaba el señor Legislador Pereyra, cuando nos dijo a los Senadores que iba a librar la lucha más importante, sino también aquí, en esta Sala, cuando acompañó al Secretario General de las Naciones Unidas y todos lo aplaudimos a él de pie más que al visitante, porque muchos de nosotros sentíamos que, quizá, lo estábamos viendo por última vez. También ese día sonreía, y nos miraba a todos con esa mirada lúcida, transparente, alegre aun en las más duras circunstancias.

En estos homenajes se suele decir muchas veces que estamos rindiendo tributo a un hombre bueno. Hoy lo tenemos que decir más que nunca, pero debemos tener muy claro que Hugo Batalla no se convirtió en bueno por haber muerto, ni es el recuerdo el que lo disfraza de santo, como dice la canción popular. Fue bueno en serio, en todos los actos de su vida, aun en los más pequeños, quizá en los más intrascendentes. Nunca, absolutamente nunca lo oí agraviar a nadie ni contestar un agravio; jamás. Lo conozco desde hace tiempo y me tocó trabajar con él también desde hace tiempo.

Fue bueno porque hizo todas las cosas con bondad. Hoy, con el inmenso dolor que nos causa la noticia de su muerte -el señor Legislador Pozzolo decía que tuvimos un día muy triste y yo

creo que vamos a tener muchos días tristes- lo recordamos como a un hombre lleno de bondad, a quien la muerte le llegó temprano. "Temprano levantó la muerte el vuelo", decía Miguel Hernández, transido de dolor por la muerte de su amigo. En el caso de Hugo, también temprano levantó la muerte el vuelo.

Y no vamos a perdonar -como también dijo Miguel- a la "muerte enamorada", porque todos queríamos que Hugo siguiera aquí junto a nosotros, para continuar imaginándonos a este país, trabajando en este país en política y en nuestra Casa, con esa figura insustituible.

Señor Presidente: Hugo va a quedar en nuestra memoria, porque si bien perdió la batalla final, ganó el más grande enfrentamiento de todo ser humano, el de la vida, ya que ahora pasó a ser una parte integrante e insustituible de nuestra memoria.

Para quienes creemos en Dios, lo sabemos ya junto a los seres humanos mirándonos desde el cielo, acompañándonos desde el cielo en nuestro pasaje por la vida.

A Hilda, a Laura, a su familia, nuestras condolencias, nuestro apretado abrazo, nuestro beso; y para todos sus amigos, que están compartiendo con nosotros esta sesión, el recuerdo imborrable de ese ser que nos seguirá acompañando desde lo más profundo del alma.

Muchas gracias, señor Presidente.

SEÑOR PRESIDENTE.- Tiene la palabra el señor Legislador Millor.

SEÑOR MILLOR.- Señor Presidente: a esta altura del homenaje se hace muy difícil agregar algún concepto a los que ya se han vertido.

En lo personal, esta semana es muy particular, signada por la tristeza. Comienza, y nos sorprende en el interior, con la noticia de la muerte de un hombre que dio todo por el Partido Colorado y por su departamento de Artigas, que murió luchando por la gente y por el Partido: el ex Intendente Luis Eduardo Juan. Y culmina, también sorprendiéndonos en el interior, con esta noticia que hoy nos convoca.

En lo colectivo, podría decir que vengo a despedir a un compañero de tareas, a un compañero de Partido, a una persona que honró el quehacer político y que a este grupo de colorados y de batllistas -y más allá de este grupo- paradojalmente nos deparó, en esto tan duro que es el trajinar político, una de las tristezas más grandes de nuestra vida y una de las alegrías más impresionantes; tristeza cuando, con sus amigos del Movimiento Por el Gobierno del Pueblo, se aleja del Partido Colorado, y alegría cuando decide retornar a él, convocado por el actual Presidente, el doctor Sanguinetti. Y vuelve por la puerta grande, y es recibido con alegría absolutamente por todo el Partido Colorado, tal vez porque por la puerta grande había sabido irse.

Podría señalar todas estas cosas en lo colectivo, pero francamente prefiero decir que vengo a despedir a un amigo. Entonces tengo que hablar a título personal, porque las amistades no son colectivas. Las amistades tienen muchos ingredientes personales; las amistades implican lecturas muy particulares y muy singulares de las personas que se definen como amigos. Puedo garantir que a esta altura de mi vida he comprobado que cuando se coincide siempre es fácil conservar una amistad, pero cuando en determinados períodos y frente a ciertas actitudes se discrepa frontal y recíprocamente, si la amistad se mantiene, entonces se valora más. Cuando la amistad se mantiene, y en estos términos, con un hombre al que conocí en esta Casa siendo casi un niño -cuando el Partido pierde una elección por primera vez, en el año 1958; yo tenía catorce años y, si no me equivoco, Hugo tenía treinta y dos- debe ser porque del otro lado, en este caso concreto del lado de Hugo, había un don de gentes, una forma de ser muy particular; una persona que con pasión defendía sus principios y con la misma pasión defendía otros valores que estaban más allá de las diferencias o de las coincidencias políticas.

He escuchado acá reiteradamente -y sé que se ha dicho con cariño- vincular a Batalla con la vacilación. Esto lo escuché durante muchos años cuando estábamos en tiendas muy enfrentadas y también cuando convivíamos bajo la misma bandera. Además escuché hace mucho tiempo, como una crítica a Hugo Batalla, hablar de su característica de hombre bueno.

Estas son las cosas que no entiendo, porque ¡pobre del ser humano que no vacile cuando tiene que enfrentar decisiones trascendentes en un mundo cambiante y signado permanentemente por los desafíos! ¡Y pobre de aquel ser humano que no conceptualice como el máximo elogio para una persona el señalar que es bueno! Puede ser que haya vacilado, aunque yo no aprecié eso las veces que conversé con él. Pero no conozco -o tal vez conozca a unos pocos- líderes políticos que a lo largo de su trayectoria hayan tenido que adoptar decisiones tan difíciles como las que enfrentó y asumió este amigo que se nos va, al que se tilda de vacilante; en definitiva, él afrontó y tomó decisiones que difícilmente otro ser humano podría asumir con la dignidad con que él lo hizo, en el acierto o en el error.

Tenía un don de gentes que lo hacía querible. Con Hugo se podía discrepar y discutir con mucha pasión, pero difícilmente se podía pelear y llevarse mal con él. Esa forma de ser, ese sentido del humor que acá se ha destacado, esas características de uruguayo típico, de uruguayo formado en un barrio, de uruguayo amigo de los amigos, hacían muy difícil enemistarse con él por más fuerte que fuera la discrepancia.

Recuerdo un episodio muy particular. Cuando se reinstala esta Asamblea General, el 15 de febrero de 1985, veníamos de una elección muy particular, de una elección signada por la pasión. Estaba latente el enfrentamiento político en cada una de las intervenciones, y ese primer año, en ambas Cámaras, se caracterizó por enfrentamientos políticos muy duros. Sin embargo, recuerdo la entrada de Hugo Batalla cuando estábamos todos sentados, extendiendo y estrechando la mano de absolutamente todos los integrantes de la Asamblea General, con prescindencia del partido político que integrasen, y siempre con la misma sonrisa y alegría.

Quiero destacar otra cosa que, por suerte -¡por suerte!- se lo llegué a decir en vida y cuando ni soñábamos que tuviésemos que pasar por esta circunstancia tan ingrata. Por suerte llegué a decírselo en uno de los tantos actos de la campaña del año 1994. Era en su trayectoria el fiel representante del Uruguay que todos queremos, del Uruguay que, por fortuna, no hemos perdido y que tenemos que afirmar, porque era un uruguayo orgulloso de su pasado. Se deleitaba recordando que era hijo de un zapatero, de un inmigrante pobre; así, hijo de un zapatero, de un inmigrante pobre, había logrado recibirse de abogado, ser elegido Diputado, Senador, y en aquellos actos políticos yo le agregaba, "y seguramente Vicepresidente de la República", como finalmente resultó.

Ese es el Uruguay de las oportunidades, que nuestros antepasados supieron construir, primero a lanza y sable y después con la herramienta civilizante y civilizadora del voto; el Uruguay en el cual la única credencial que vale es la del esfuerzo, la del trabajo, la del tesón y la de la honestidad.

Pero Hugo Batalla también representa algo más. Como compañero de tareas, en la coincidencia o en la discrepancia, en una actividad tan particular como es la política -tan calumniada, tan menospreciada a veces- fue uno de los hombres que más reivindicó este quehacer, que muchos consideramos como un apostolado y del que nos sentimos orgullosos.

Fue un hombre fundamentalmente cristalino, tremendamente honesto, que siempre puso los cargos que la ciudadanía le otorgó al servicio de la Nación y nunca al servicio de sí mismo. Muere en la misma austeridad en que nació, en que vivió, y con la misma dignidad con que desplegó sus banderas y supo atesorar a sus amigos; siento esto profundamente.

Por suerte, en las vueltas de la vida -hablo a título personal, pero creo que también en representación de todos los colorados, ya que fue recibido por todos con un abrazo- lo último que nos dio fue una tremenda alegría: retornar al Partido que lo vio nacer a la vida política.

Con estas palabras muy sencillas y emanadas del corazón, sabiendo que voy a cometer alguna injusticia, quiero extender un abrazo muy personal a los señores Yamandú Fau, Carlitos Cassina, Eden Melo Santa Marina, Baltasar Prieto y a doña Hilda, y decir sinceramente, desde el fondo de mi corazón que, en la coincidencia o en la discrepancia, Batalla fue, es y será un referente ético impresionante en el escenario político de nuestro país.

SEÑOR PRESIDENTE.- La Mesa informa que hay nueve señores Legisladores inscriptos para hacer uso de la palabra.

Tiene la palabra el señor Legislador Gandini.

SEÑOR GANDINI.- Señor Presidente: mis compañeros de sector me han hecho un alto honor al solicitarme que los representara en esta sesión solemne. El Parlamento ha perdido a su Presidente. Es a él a quien homenajeamos, a la institución, al Presidente de la Asamblea General y del Senado, y muchos de nosotros también homenajeamos a Hugo, más que una institución, un compañero, un colega al que aprendimos a querer.

Como Presidente supo representar lo que, asimismo, representa el Parlamento; supo hacerlo como Presidente, como parlamentario, cada vez que se le permitió serlo, y lo supo representar cuando en este país fueron avasalladas las instituciones y la dictadura sustituyó a la democracia. Durante esos años, él representó fielmente el espíritu nacional, con entereza pero también sin vacilaciones, cuando muchos vacilaron respecto a qué caminos tomar o qué había que hacer.

Además, ejerció como abogado en los terrenos más difíciles, en las situaciones más complejas, más áridas, poniéndose en riesgo él y también a su familia, al defender a ciudadanos perseguidos, a gente que no tenía voz y que a veces no era de su misma ideología política, pero asumiendo con vocación la tarea para la cual el pueblo lo había elegido.

Hoy queremos homenajear a un hombre que a lo largo de toda su vida representó cabalmente aquello en lo que creyó, sus ideales -los nuestros también- los más altos, los más puros, los de la República. Y lo hizo con esa sencillez republicana, con esa austeridad que, por suerte, tanto se sigue valorando en este país.

Podríamos destacar muchísimos atributos de Batalla; el primero, su integridad humana, dentro de la que se encuentra la integridad de un hombre con virtudes y también con defectos, los que supo llevar con dignidad y con humildad. Precisamente por eso fue un hombre íntegro, valorado por muchos de nosotros también en esos aspectos. Y fundamentalmente lo fue por su coherencia; me refiero a quien vive siendo coherente con sus ideas, a quien dice lo que hace y hace lo que dice, a quien honra con su actitud vital sus propias ideas, sin haberse mareado nunca por haber obtenido los más altos honores que la República le tributó, ya que siguió siendo el hombre sencillo que en sus orígenes fue. Siempre mantuvo esa coherencia con las ideas, con los pensamientos, tan difícil de llevar adelante cuando la vida política los enfrenta a los hechos cotidianos.

Fue un hombre leal con sus principios, con su esencia, con su forma de ser vital, a pesar de que a veces se lo quiso caricaturizar en relación a un aspecto de su forma de ser, al referir a la actitud dubitativa que se advirtió en él en algunos momentos y que en realidad no fue otra cosa que la manifestación de la inteligencia de un hombre que, detrás de esa imagen, cada vez que lo necesitó supo ganar los tiempos necesarios para conciliar, para encontrar espacios para la tolerancia, para los acuerdos, a fin de evitar la confrontación. Fue la actitud de un hombre que supo dirigir sus acciones en el mismo sentido que iban sus principios.

Su vocación era la de servidor público, esa característica a veces tan desvalorizada en nuestros días, tan caricaturizada en lo que es un político, sesgo en ocasiones alimentado por políticos que no la saben honrar. Por suerte, tenemos mojones, luces que iluminan como referencias morales, acerca de lo que es un servidor público.

No hace mucho tiempo, compartí con él nuestra última tarea parlamentaria en la Comisión de Presupuesto. Lo vi llegar acompañado por sus secretarios, cargado de carpetas, para defender la reestructura del Senado. Tuvimos que esperar un rato para que

recuperara el oxígeno y pudiera hablar con nosotros. No sólo habló sino que también hizo chistes; tuvo buen humor para sobrellevar lo que él sabía que era el recorrido final. Cumplía con su deber, cumplía con su vocación, a pesar de que debía utilizar las energías que necesitaba. El Presidente de nuestra Asamblea General murió como vivió: luchando. Como luchó por sus ideales luchó por su vida, sin resignarse, hasta el último minuto. En esa sesión de la Comisión de Presupuesto, quienes sentíamos afecto por él le tomamos admiración: la admiración que se siente por quien hace en la vida lo que uno desearía tener el coraje de hacer, si tuviera que enfrentar esas enormes dificultades.

Esta mañana me desperté con la llamada telefónica del ingeniero Ramos. Me dijo que había fallecido el Vicepresidente de la República y que todas las actividades del día se habían suspendido. Debido al impacto que recibí, entre la noticia y la decisión, sólo atiné a contestar: "¿Te parece?" Me respondió: "Son las instituciones, es el Vicepresidente de la República y, además, es el Hugo". Fue la decisión correcta. Al mediodía fuimos al Palacio Peñarol a recibir a gente que no se había enterado de lo ocurrido, ya que había partido de su lejano pueblo a las siete de la mañana, y nos preguntábamos qué dirían al saber que se había suspendido ese acto por el que tanto habían trabajado, ya que estaban entusiasmados por iniciar una nueva etapa política. Y una vez más debo decir que me siento orgulloso de mi país, de su gente y, si el señor Presidente me lo permite, también de los blancos, porque la gente dijo que hicimos lo que debíamos hacer. El respeto por las instituciones, por suerte, en este país sigue siendo uno de los valores más queridos por la gente y nadie dudó de que el homenaje que debíamos hacer en la tarde de hoy era el del silencio y el del respeto.

Sobre todo nosotros, wilsonistas todos, que perdimos a Wilson viéndolo pelear contra una enfermedad que lo consumía y que se fue llevando su voz, su vitalidad, su estampa, su gallardía, sabemos lo que es el dolor de perder a un conductor, a un líder, a un luchador, y no podemos menos que hacer a Batalla, a sus correligionarios y al país, el homenaje que una vez sentimos muy profundamente se nos hizo, y lo agradecemos.

Para terminar, quiero extender el saludo de nuestro sector a su familia y solidarizarnos con su dolor, con el de sus amigos y el de sus correligionarios. Deseo culminar citando una frase breve con la que el magistral poeta Antonio Machado se retrataba a sí mismo, buscando decir qué era lo mejor de él; si bien Machado hablaba de sí mismo, parecería que podría hoy estar representando en sus palabras lo mejor y lo más alto de Batalla. Decía Machado: "y, más que un hombre al uso que sabe su doctrina, soy, en el buen sentido de la palabra, bueno".

Gracias, señor Presidente.

(¡Muy bien!)

SEÑOR PRESIDENTE.- Tiene la palabra el señor Legislador Díaz Maynard.

SEÑOR DIAZ MAYNARD.- Señor Presidente: confieso que me resulta difícil hilvanar palabras, embargado por un profundo sentimiento de dolor y, diría, de desolación y soledad por la desaparición de un amigo entrañable, un compañero inolvidable y un ciudadano ejemplar.

Tuvimos la dicha de convivir con él diez años en una actividad política que no podremos olvidar jamás, por la confianza, la alegría y la fraternidad que recibimos en ella. Es difícil imaginar o señalar por qué Hugo lograba esa adhesión inmensa de la gente, más allá de que lo votara o no.

Creo que, en primer término, era por su inmenso amor por la libertad y por la justicia, que demostró a lo largo de su vida, buscando siempre caminos, caminos difíciles, a veces en soledad, pero que para él significaban que iba a obtener más libertad y más justicia para nuestro pueblo.

En segundo lugar, por ese estilo absolutamente inimitable de hacer política. Hugo establecía una comunicación con la gente sin necesidad de palabras; despertaba con su sola presencia, con sus gestos, con su voz, con su sonrisa, una adhesión; tenía una capacidad de trasmisión, una sinceridad y autenticidad que no he visto en otros políticos en el país. Y creo que la gente lo sentía tal cual era.

En tercer término, creo que hay que destacar un coraje sencillo, calmoso, sin alharacas, pero absolutamente implacable, coraje que demostró a lo largo de toda su vida. Durante la dictadura -como se ha señalado- emergió como un símbolo de la resistencia heroica y callada del pueblo uruguayo contra la opresión. En 1984 Hugo era, sin duda, el símbolo de la libertad. Recuerdo que, cuando aún ambos ejercíamos la profesión de abogados, a veces nos encontrábamos en 25 de Mayo y Treinta y Tres y se juntaba tanta gente que se interrumpía el tránsito por la calle; el calor de la gente hacia él era realmente emocionante.

Creo que no sólo demostró ese coraje en la lucha contra la dictadura; lo demostró permanentemente en su vida política.

Recuerdo cuando en la primera Legislatura -que no era fácil: el país sin ninguna duda estaba recomponiendo su institucionalidad con dificultades- Hugo Batalla dio una carta de crédito al General Medina. Contra la opinión de muchos de los que eran sus correligionarios, él afirmó públicamente, sin ningún temor a los costos políticos que pudiera significarle: "La democracia en Uruguay es una locomotora, y en el frente de ella está sentado el General Medina". Pero, al mismo tiempo que otorgaba esa carta de crédito, brindaba una garantía al Ministerio de Defensa Nacional para que el Movimiento de Liberación Nacional pudiera operar CX 44. El firmó y aseguró que iba a ser una radio democrática y que era absolutamente imprescindible defender la libertad de expresión.

Creo que estos dos hechos políticos demuestran un coraje más allá de la temeridad que tuvieron muchos en la lucha contra la dictadura. Era un coraje profundo, visceral, sentido, en el que no cabía la demagogia; tenía claro cuáles eran los objetivos de la reconstitución de un país democrático.

Siento, señor Presidente, que ese coraje venía, fundamentalmente, de la inmensa grandeza que tenía Hugo. Recuerdo una frase del General De Gaulle, quien, refiriéndose a Napoleón Bonaparte, dijo en aquella famosa entrevista que le hizo Malraux: “Era un espíritu grande con un alma pequeña”. Hugo tuvo el enorme privilegio de tener un espíritu grande, capaz de abordar la aventura humana en su totalidad, y además un alma inmensa, capaz de trasmitir amor, solidaridad y fraternidad a todos los que lo rodeaban. En él se daba esa difícil simbiosis entre un espíritu y un alma grandes, cosa que se ve pocas veces en este mundo político.

Quiero ser realmente breve, porque creo que ésa debería ser una norma en estos homenajes. Deseo guardar el recuerdo de aquel Hugo fraterno, generoso, aquel Hugo que conservó hasta el final de sus días un niño en el fondo de su alma, que le permitía aquel humor casi ingenuo con que nos deleitaba y nos sacaba de los momentos de mayor dramatismo y confusión. Debo reconocer que tengo una inmensa deuda de gratitud con él por la amistad y la confianza que me dispensó, por el cariño que mantuvimos a pesar de las discrepancias políticas que nos separaron profundamente y que no alteraron en absoluto el afecto y la fraternidad que nos unía desde hacía tanto tiempo.

Le puedo asegurar, señor Presidente que, como decíamos al principio, nos queda una profunda sensación de vacío que intentaremos llenar con su recuerdo y su ejemplo -que nos resultará absolutamente inolvidable- de coherencia, grandeza y coraje.

¡Pobres de aquellos que decían que era un hombre vacilante! No tenía una gota de vacilación: sabía con exactitud cuál era su estrella boreal y la seguía fielmente. Si alguna vez aparecía como vacilante era exclusivamente por su bondad y generosidad, por no causar heridas innecesarias a quienes podíamos pensar en forma diferente. Hugo nunca fue vacilante. Estuvo absolutamente convencido de todas y cada una de las cosas que hizo, fruto de la reflexión y de una maduración profunda, con un solo objetivo: obtener mayor felicidad para su pueblo.

A los viejos amigos de la Lista 99 -que yo sé que lo lloran hoy con profundo dolor- a la compañera de toda su vida, la querida Hilda, a su hija Laura, a sus nietos Joaquín y Valentina -que fueron su orgullo y la luz de sus ojos- mi más sentida y profunda solidaridad.

Muchas gracias.

SEÑOR PRESIDENTE.- Tiene la palabra el señor Legislador Mallo.

SEÑOR MALLO.- Señor Presidente: cuando el alma de este hombre cordial y bueno entabla el diálogo intransferible con su destino inmortal, sentimos el impulso de extenderle con profundo afecto el gesto fraterno de nuestra mano y de nuestra palabra, inmerso ya, como lo está, en la inmensidad inaprehensible del tiempo y del espacio.

Dimensiones y sustancias distintas concurrieron a definir el fundamento de nuestras respectivas fisonomías morales y de nuestras propias visiones filosóficas. El espíritu de Hugo Batalla fue iluminado a la luz de las enseñanzas que se impartieron a la sombra de los mármoles antiguos, acrecidas por la docencia magistral de los hombres de la Enciclopedia y la Ilustración.

Mi alma, en cambio, se conforta siempre por la visión de un cerro pelado sobre el que se levanta la Cruz de la Redención. A los textos de la Grecia clásica, he preferido los textos sagrados de Jerusalén, con las tiernas enseñanzas del Galileo. En la edificación de la ciudad terrena, también nuestros cursos de acción han fluido de hontanares bien deslindados. Pero por esas misteriosas razones, tal vez no demasiado misteriosas -las razones del corazón- siento que mis sentimientos se conmueven profundamente en esta hora exequial, y he sentido como un penoso y propio infortunio al verlo en su encarnadura perecedera, azotado y lacerado por la enfermedad y el sufrimiento. Pero en puridad de verdad, también las razones de la recta razón han dado dentro de mí, apoyo y solidez a las del corazón, porque resulta imposible el negar que existe un terreno común para laicos y creyentes en el plano de la ética para colaborar juntos en la defensa del hombre, de la justicia y de la paz.

Y así se consagra mi comensalía espiritual con Hugo Batalla: en la invocación de la dignidad humana como un principio que funda un común sentir y obrar, en la convicción irreductible de no usar nunca al prójimo como instrumento y de respetar en cualquier caso y constantemente su inviolabilidad, considerando siempre a toda persona como realidad indisponible e intangible. Estos son los principios a los que junto a Hugo Batalla nos sentimos adscriptos, y así en su diálogo epistolar con Umberto Eco, el Cardenal Arzobispo de Milán señala esos principios como el humus común de que se alimentan creyentes y no creyentes.

Algo más me vincula a este hombre malogrado que dirigía nuestros trabajos bajo está cúpula legislativa: Hugo Batalla era abogado, como lo soy, y por antiguas vocaciones somos hombres de derecho, teniendo por oficio que el derecho prevalezca sobre la irregularidad o el orden ilícito, esforzándonos para que el derecho, en su marcha pedregosa, vaya acercándose a la plenitud de la justicia.

Y Hugo Batalla dio cumplimiento admirable a su vocación jurídica. Puedo decir, sin riesgo de error, que su actuación forense alcanzó la forma más alta del heroísmo civil, a la que se llega cuando la milicia preferida es la del apostolado por la restauración del derecho, de la justicia y de la ley en la defensa desinteresada y valiente del perseguido, del vulnerado o del agredido con iniquidad.

En la era convulsa y deplorable que el 9 de febrero de 1973 hizo su presentación formal, se hizo verdad otra vez la lección histórica de que en medio del fuego de las pasiones desatadas, sólo el oro sin aleación no se funde y desaparece. La hora de la violencia es siempre e ineluctablemente la hora de la ambición, del temor, de la codicia, de la venganza y de la licencia, y cede una y otra vez la frágil arcilla de la que los humanos estamos formados. Y ésa fue también la hora en que Hugo Batalla pudo mostrar cómo alcanzaba las prendas supremas del alma, levantando como abogado el magisterio inerme del derecho y de la

justicia frente a la compulsión de la fuerza. ¡Reacción viril de un abogado y voz vehemente de una nación que, como el Uruguay, tiene en la ley la esencia y la sustancia de su identidad!

Quien leyó el libro magistral de Marcel Rousselet, "Los casos de conciencia del magistrado", jamás olvidará la respuesta que Jean de Vacquerie, primer presidente del Parlamento de París, dio a Luis XI, rey de Francia, en pleno siglo XV, cuando éste lo nombró para ese alto cargo judicial: "Señor," -le dijo- "permitidme que os declare que hay alguien a quien obedeceré más que a vos". Y cuando el rey, espantado, le preguntó: "¿A quién?", respondió: "A mi conciencia". Y así cumplió cuando el Parlamento de París consideró ilegales los edictos del rey. Vacquerie trajo ante el rey, en sus rojas togas, a los presidentes y consejeros que constituían la corte de magistrados. Luis XI quiso saber la significación de aquella procesión escarlata en sus salones: "Aquí estamos" -le dijo el magistrado- "para entregar nuestros cargos y recibir las penas que consideréis merecemos por obedecer sólo a nuestra conciencia en el examen de vuestros edictos, que declaramos ilegales".

Hugo Batalla pertenecía a ese mismo ilustre linaje; ese mismo linaje que llevó a Luis XI, de más noble inspiración que nuestra justicia militar, a destruir delante de los magistrados los documentos que contenían sus actos declarados ilegítimos.

Se decía del ilustre extinto que era un hombre bondadoso pero con espíritu vacilante. Yo recojo ese comentario, al borde mismo de su tumba, como una virtud más que se agrega al elenco de excelencias que definían su personalidad moral. Soy de la generación a quien Vaz Ferreira enseñó a dudar y a proclamar que, en la pugna por la verdad, la duda ocupa un lugar de honor. En el turbión de la violencia fundamentalista, del dogmatismo religioso, de la intransigencia racial y del fracaso de quienes en su furor creyeron tener el secreto del sentido de la historia, la duda aparece siempre como el principio de la sabiduría, cuando libre de toda pequeñez busca la verdad con sereno equilibrio y define -como Hugo Batalla lo hizo- un laudable estilo de acción que siempre ha de retornar, cualquiera sea el grado de aparente victoria de otros métodos más fáciles o de mayor estridencia.

Las verdades de Hugo Batalla no fueron las mías ni en el planteo filosófico ni en la praxis política, pero su alejamiento aumenta la soledad de mi alma. Miraré siempre con devota mirada ese sillón presidencial, ahora que el silencio ha enmudecido su voz, que aquí se elevó por años para servir a sus ideales. El tiempo desvanecerá memorias, cuya perennidad desearíamos, en su marcha hacia el gran río del olvido.

Infundamos con fraterna palabra la virtud de la esperanza a los que sienten la angustia de vivir entre el enigma inicial y la desolación de la partida. Hugo Batalla ha descifrado ya el gran misterio de la vida y de la muerte. Sus ojos ya han visto la luz. Que esa luz sea la que merecen los hombres que vivieron queriendo hacer el bien y que practicaron, en la plenitud de su libertad responsable, la tolerancia, la comprensión mutua, la moderación, y miraron al prójimo como a su propio yo.

Este es el sentido con que adherimos a los homenajes que esta Asamblea General Legislativa tributa a su Presidente, nuestro amigo Hugo Batalla, a quien jamás olvidaremos.

He terminado.

SEÑOR PRESIDENTE.- Tiene la palabra el señor Legislador Posada.

SEÑOR POSADA.- Señor Presidente: quiero comenzar estas palabras expresando mi solidaridad y mis condolencias a la familia de Hugo Batalla, muy especialmente a su esposa Hilda, compañera de toda su vida, a su hija Laura y a sus nietos que, por cierto, como bien decía Daniel Díaz Maynard, fueron también la luz de sus ojos.

Quiero expresar además, en nombre de mi Partido, nuestras condolencias al sector que él lideraba, el Movimiento por el Gobierno del Pueblo, por la muerte de este hombre público. Quiero significar esta expresión de condolencias hacia tres de los compañeros que lo han acompañado desde siempre: el actual señor Ministro de Educación y Cultura, profesor Yamandú Fau; el señor Presidente del Banco de Seguros del Estado, doctor Carlos Cassina, y el señor Diputado Baltasar Prieto.

Nos iniciamos en la vida política con Hugo Batalla y, por tanto, en el testimonio que vamos a dar acerca de lo que fue su vida, nos comprenden las generales de la ley. No será, sin duda, un testimonio desapasionado pues estará motivado por una persona hacia la que sentimos un profundo afecto, desde siempre y por siempre.

Fue, como se ha dicho aquí, una persona de un inmenso coraje. ¡Vaya si había que tener coraje en este país para mantener, en plena dictadura -como decía Rafael- ese refugio inalterable, esa especie de lugar donde muchos ciudadanos pudieron sentir, a veces, solamente el cobijo de su palabra, y otras, su defensa, en el ejercicio de su profesión de abogado!

¡Vaya si había que tener coraje en determinado momento para ejercer, sin que nadie se lo pidiera, la defensa del General Seregni y del líder tupamaro Raúl Sendic! Y ese coraje que exhibió en la dictadura siguió mostrándolo, y dando pruebas cabales de él en cada una de las circunstancias en que en esta República, reinstaurada la democracia, él sintió que de alguna manera se corría peligro.

Quiero recordar -porque a veces, con el paso del tiempo, nos olvidamos de las cosas que ocurren- aquella instancia de la recolección de firmas durante el año 1987 y el intrincado proceso de verificación que, sin duda, puso al país al borde de un incendio, porque aquél era un momento realmente significativo en cuanto al enfrentamiento y al funcionamiento de las instituciones. Desde la fuerza política que Hugo Batalla integraba elevó su voz reclamando y señalando su confianza en el entonces Presidente de la Corte Electoral, Renán Rodríguez, como forma de manifestar cabalmente su fe en las instituciones democráticas. Ello sirvió, sin duda, para tranquilizar las aguas y posibilitar que todos y cada uno de quienes tenían responsabilidades las asumieran, en

aquel momento álgido y difícil, crucial en la vida de la República. Y hubo un plebiscito, que se laudó como se laudó; pero lo importante era traer tranquilidad cuando todo hacía temer por el descontrol, por que resurgieran en el país situaciones y hechos de violencia.

El mismo coraje demostró frente a un congreso del Frente Amplio, enormemente concurrido, cuando manifestó y reafirmó su carta de crédito al entonces Teniente General Medina, en tanto éste asumía como Ministro de Defensa Nacional.

Esas actitudes, por sí solas, están mostrando lo que fue Hugo durante toda su vida: un hombre de tremendo coraje y de muy firmes convicciones. Convicción de que la política debía ser inundada de respeto y tolerancia; de que ésas eran condiciones fundamentales para el desarrollo de la vida democrática; de que resulta fundamental en el curso de la lucha política saber encarar con respeto la confrontación de ideas, ser tolerante y tener la grandeza, a veces, de señalar los aciertos del adversario. Y creo que en esta Asamblea General tiene que ser resaltada esa enseñanza que dejó en todos nosotros -porque nos forjamos en su fragua- este hijo del pueblo que fue Hugo Batalla, hijo de un calabrés y de una siciliana, el hijo de un zapatero, que llegó a ocupar ni más ni menos que la Presidencia de la Asamblea General.

Además de su coraje, de ser cultor del respeto y de la tolerancia, también lo distinguió un rasgo inalterable en lo que fue toda su vida pública: concebir la política como un acto de amor. Para él, la política fue un acto de amor, de amor al prójimo, de amor a su gente.

Quizás bien pueda tenerse en cuenta lo reflejado en estas palabras de don Francisco de Quevedo y Villegas, en ese soneto "Amor constante más allá de la muerte", que en sus dos últimas estrofas refería lo siguiente: "Alma a quien todo un dios prisión ha sido, venas que humor a tanto fuego han dado, médulas que han gloriosamente ardido, su cuerpo dejará, no su cuidado; serán ceniza, mas tendrá sentido; polvo serán, mas polvo enamorado". Creo que es real asignar estas estrofas a Hugo Batalla, un hombre que fue enamorado de la vida, enamorado de su familia, enamorado de este país y que tuvo -como bien se dijo- en todas y cada una de las circunstancias, aun en las más difíciles, un humor que lo distinguió y caracterizó.

No quiero poner fin a esta intervención sin antes hacer mención a lo que se cuenta en la parábola sobre los discípulos de Gorgias, de Rodó. Allí se hace referencia al planteo de uno de los discípulos de éste, que pretende juramentarse a ser fiel, en toda la extensión de la palabra, a cuanto estuviera eventualmente contenido en cada una de las palabras del maestro; fiel ante los hombres y en la intimidad de su conciencia, siempre invariablemente fiel. El maestro Gorgias, después de una extensa referencia a una anécdota de su vida de niño, le contesta diciéndole: "Si yo aceptara el juramento que propones, ¡oh, Lucio!, olvidaría la moral de mi parábola, que va contra el absolutismo del dogma revelado de una vez para siempre; contra la fe que no admite vuelo ulterior al horizonte que desde el primer instante nos muestra. Mi filosofía no es religión que tome al hombre en el albor de la niñez, y con la fe que le infunde, aspire a adueñarse de su vida, eternizando en él la condición de la infancia, como mi madre antes de ser desengañada por su sueño. Yo os fui maestro de amor: yo he procurado daros el amor de la verdad; no la verdad, que es infinita. Seguid buscándola y renovándola vosotros, como el pescador que tiende uno y otro día su red, sin mira de agotar al mar su tesoro. Mi filosofía ha sido madre para vuestra conciencia, madre para vuestra razón. Ella no cierra el círculo de vuestro pensamiento. La verdad que os haya dado con ella no os cuesta esfuerzo, comparación, elección: sometimiento libre y responsable del juicio, como os costará la que por vosotros mismos adquiráis, desde el punto en que comencéis realmente a vivir. Así, el amor de la madre no le ganamos con los méritos propios: él es gracia que nos hace la Naturaleza. Pero luego otro amor sobreviene, según el orden natural de la vida; y el amor de la novia, éste sí, hemos de conquistarlo nosotros. Buscad nuevo amor, nueva verdad. No se os importe si ella os conduce a ser infieles con algo que hayáis oído de mis labios. Quedad fieles a mí, amad mi recuerdo, en cuanto sea una evocación de mí mismo, viva y real, emanación de mi persona, perfume de mi alma en el afecto que os tuve; pero mi doctrina no la améis sino mientras no se haya inventado para la verdad fanal más diáfano. Las ideas llegan a ser cárcel también, como la letra. Ellas vuelan sobre las leyes y las fórmulas; pero hay algo que vuela aún más que las ideas, y es el espíritu de vida que sopla en dirección a la Verdad...".

Terminadas estas palabras, uno de los discípulos propone un brindis final ante la hora de la muerte que acechaba a su maestro. Propone brindar "por quien, desde el primer sol que no has de ver, nos dé la verdad, la luz, el camino; por quien desvanezca las dudas que dejas en la sombra; por quien ponga el pie adelante de tu última huella, y la frente aún más en lo claro y espacioso que tú; por tus discípulos, si alcanzamos a tanto, o alguno de nosotros, o un ajeno mentor que nos seduzca con libro, plática o ejemplo. Y si mostramos el error que hayas mezclado a la verdad, si hacer sonar en falso una palabra tuya, si ver donde no viste, hemos de entender que sea vencerte: Maestro, ¡por quien te venza, con honor, en nosotros!".

Con los discípulos de Gorgias quisiéramos también decir a Hugo: ¡Por quien te venza, con honor, en nosotros!

SEÑOR PRESIDENTE.- Tiene la palabra el señor Legislador Alonso.

SEÑOR ALONSO.- Señor Presidente: hoy estamos cumpliendo con una labor protocolar, con costumbres nacionales parlamentarias que se repiten cada vez que una figura de trascendencia merece un reconocimiento público por parte de este Cuerpo. Entonces, se pone en práctica este mecanismo, ya sea a través de la convocatoria de una de las Cámaras, de las dos o de la Asamblea General. Tras la fría lectura de la foja de servicios de Hugo Batalla indudablemente nos habríamos dado cuenta de que hubiera merecido este homenaje, de que hubiese sido imprescindible llevar adelante esta instancia. Sin embargo, por fuera de las formas, por fuera del manual de protocolo que debemos seguir, hoy estamos reunidos aquí particularmente sus amigos de todos

los partidos políticos, sus amigos de todas las bancadas, sus amigos del Parlamento, recordando y evocando al amigo.

Creo que todos los que hicieron uso de la palabra antes que yo mencionaron varias veces la condición de amigo de Hugo Batalla, refiriéndose a terceros o a ellos mismos. Considero que si en los tiempos modernos un homenaje de este Parlamento, de esta Asamblea General, reúne una dosis de afecto basado en la amistad, en grado superlativo lo hace esta sesión.

Indudablemente, a quienes hoy estamos ocupando bancas en nombre de los sectores a los que pertenecemos -en mi caso, a Desafío Nacional- y tenemos la penosa tarea de llevar adelante este homenaje y esta evocación, se nos atraviesa en la garganta el hecho de que está destinado a un amigo que hoy ya no está.

Hugo brilló por su condición humana sobresaliente. Indudablemente, quienes tuvimos trato directo con él, en especial en esta Casa, ya sea trabajando como parlamentarios o como funcionarios, aquellos de quienes era jerarca sólo en los papeles y amigo en las labores, pudimos calibrar su verdadera dimensión de hombre generoso, sensible, llano y fraterno. Es en esta faceta en la que Hugo Batalla cobra su verdadera dimensión.

Pienso que Hugo fue un fiel representante del uruguayo típico más puro: sencillo, solidario, honesto a ultranza, digno, humilde, trabajador, tenaz, empecinado. Diría que el uruguayo típico que representó, además fue un hombre autorrealizado. Como se mencionó en varias intervenciones durante la sesión del día de hoy, de un origen humilde se encarama en las más altas posiciones de la actividad política y de las dignidades de nuestra sociedad, y en ningún momento perdió alguno de los atributos que lo llevaron a ellas.

El señor Legislador Astori se refirió a la ocasión en que esta Asamblea General aprovechó la circunstancia de recibir a un dignatario extranjero para dar de pie un muy fuerte y prolongado aplauso de reconocimiento al amigo.

Cuando se ponga en marcha lo que indica la mecánica de este tipo de instancias, es decir, se haya agotado la lista de oradores y procedamos a votar la moción de uso en el sentido de que la Sala, la Barra y los invitados se pongan de pie para guardar un minuto de silencio y así rendir nuestro último homenaje, creo que también vamos a estar participando de un acto colectivo sin precedentes. Lo digo porque ése no va a ser un minuto de silencio llevado adelante por la obligación de las circunstancias, sino que en los corazones de todos nosotros va a estar la despedida última al amigo.

Señor Presidente: otras veces hemos utilizado giros similares frente a circunstancias de estas características, pero no quiero dejar de expresar una vez más, en esta situación particular, que las banderas de nuestro Partido se inclinan respetuosas ante la partida al más allá de un hombre singular, como fue Hugo Batalla.

Vayan a su familia, a sus amigos políticos y a su Partido nuestros respetos y nuestra solidaridad. Y digo al pueblo uruguayo que sepamos todos reconocer el legado de una vida ejemplar, de un hombre testimonial de un estilo del ser nacional, y seguir su rumbo, su norte y su inspiración, que es la mejor de las herencias que nos deja.

SEÑOR PRESIDENTE.- Tiene la palabra el señor Legislador Ricardo Falero.

SEÑOR FALERO (don Ricardo).- Señor Presidente: antes que nada, quiero enviar mi saludo de profunda solidaridad a Hilda, a Laura, a los nietos de Hugo y a los viejos compañeros de la Lista 99, en la que durante muchísimos años transitamos el camino político que hoy seguimos casi con los mismos principios que aprendimos junto a Hugo.

Quizá en la primera actividad que tuvimos en esta Legislatura, en el Salón de Fiestas de esta Casa, Hugo presentó un libro con particular atención y preocupación, que era “La dignidad del Parlamento”. Ello pone de manifiesto la importancia de rescatar ante los ojos de la población el rol del Parlamento y su prestigio. Creo que sin libro, la vida de Hugo Batalla es un ejemplo de dignidad y respeto de un parlamentario por las instituciones.

En la vida de Hugo Batalla quizás esté el mejor ejemplo de lo que es un parlamentario de este país y de lo que es el Parlamento de este país. Más que con los dichos, con los hechos, Hugo Batalla demostró a todos los ciudadanos la dignidad, el honor, la austeridad y la honestidad de un parlamentario de este país.

Pero creo que la figura de Hugo Batalla fue fundamentalmente la de un gran estadista comprometido con la seguridad institucional, sobre todo a partir de 1985, cuando los pasos que estaba dando esta democracia eran muy tímidos y todavía estaba muy comprometida con la dictadura que nos había asolado y que la amenazaba.

De un congreso de la Lista 99 que tuvo lugar durante esos años -creo que en el Club Atenas- en el que conversábamos y discutíamos sobre la importancia de preservar las instituciones, recuerdo la absoluta convicción y certeza que trasmitió Hugo a todos los presentes de que en cualquier circunstancia, independientemente de cuál fuera en ese momento el Poder Ejecutivo o el partido de gobierno, nuestro Partido, en ese momento la Lista 99, se iba a poner inmediatamente detrás de quienes representaban a las instituciones. Y eso es propio no de un político que piensa en su beneficio personal, sino de un estadista. Nunca escuchamos de Hugo Batalla palabra alguna que lesionara a ninguno de los institutos democráticos de este país: ni al Parlamento, ni a la Suprema Corte de Justicia, ni al Poder Ejecutivo. Todo lo contrario; su respeto por las instituciones, que tanta sangre costó -en particular a nosotros, a quienes nos llevaran al que fue nuestro líder en ese momento, Zelmar Michelini- era su principal preocupación. En ese respeto es que tendrán que encontrarse, cuando la perspectiva histórica nos lo permita, las explicaciones de todas y cada una de las actividades que Hugo desarrolló en la vida política del país.

¡Por supuesto que fue un hombre bueno! Pero, fundamentalmente, fue un hombre justo. ¡Por supuesto que fue un hombre

que pensaba mucho las cosas! Pero siempre en la resolución, después de cada una de las cosas que pensaba, estaba fundamentalmente el bienestar del país y la protección de las instituciones.

En uno de los editoriales de "Zeta" -publicación que por aquellos años teníamos- Hugo decía que en esta sociedad de hoy, apresurada, cambiante y angustiada, al hombre le cuesta encontrar detrás de la hojarasca de la rutina o de la necesidad los reales valores que justifican una vida, que fundamentan una existencia; no resulta fácil descubrir el amor, la solidaridad, la comprensión en el aislamiento afectivo que el mundo impone hoy a la persona. En estos valores de amor, de solidaridad, de comprensión, de tolerancia, expresados en esta frase que elegimos al azar de "Zeta", sin ningún tipo de dudas se basó la acción de Hugo, pero, fundamentalmente, su defensa institucional fue el "leitmotiv" de toda su actuación, más allá de lo que significaban esos valores.

Preocupado profundamente por la sociedad en la que vivía, preocupado profundamente por el destino de los ciudadanos que la integran, le inquietaba el futuro pero también la urgencia del presente, porque lo angustiaba que la gente no tuviera qué comer en la noche o al día siguiente.

Era muy difícil, entonces, realizar algo en relación a todo lo que de alguna forma constituía sus preocupaciones inmediatas. En ese camino signado por valores importantes como los señalados, preocupada por la seguridad institucional que el país en esos años posteriores a la dictadura tenía que consagrar efectivamente y por los problemas sociales, transitaba la 99 de aquellos años.

Conocimos a Hugo allá por 1964 ó 1965 siendo todavía muy jóvenes, transitando por algunos de los tantos lugares del departamento donde yo vivía. Lo que nos trasmitía en aquella época, su preocupación por la gente, fue lo que nos trasmitió hasta el último día en que pudimos conversar con él durante varias horas, en un vuelo de regreso de una conferencia interparlamentaria, cuatro meses atrás.

Quiere decir que la suya fue una vida de preocupación y, fundamentalmente, de coherencia, pero fue también la vida de un estadista que no tuvo ningún tipo de dudas en tomar y en hacer que su Partido tomara las decisiones que consideró correctas. No midió, por supuesto, valores electorales, así como tampoco consecuencias político-partidarias en lo personal. Tomó en cuenta exclusivamente el interés de la nación de acuerdo con su concepción. En casi todas las oportunidades lo acompañamos, menos en la última, y siempre tuvimos la posibilidad de conversarlo de frente, sin ningún tipo de dudas con respecto a lo que decíamos.

En 1984 -año en que salíamos de la dictadura- fue cuando la 99 cosechó quizás uno de sus más espectaculares resultados electorales, porque en ese año la gente, la ciudadanía, necesitaba un aval, un garante, alguien que le asegurara la estabilidad democrática. Sin duda, encontró en Hugo Batalla a uno de los hombres que aseguraron en este país la estabilidad democrática. Fue el aval y obtuvo la confianza de la gente que lo rodeaba, lo quería, lo seguía y entendía que la estabilidad democrática de este país pasaba, necesariamente, por la figura de Hugo Batalla, no sólo como integrante de un partido político sino como referente político ineludible e imprescindible para todos quienes, de alguna manera, en aquella época cumplían un importante papel con relación a la estabilidad del Estado.

Por tanto, señor Presidente, nuestro recuerdo es para un hombre a quien quisimos mucho, a quien mucho debemos y con quien aprendimos a recorrer un camino difícil como es el de la política. Pero también nuestro recuerdo es para un hombre que contribuyó, en los últimos años de la historia de este país, a crear la posibilidad de disfrutar la democracia que hoy tenemos.

SEÑOR PRESIDENTE.- Tiene la palabra el señor Legislador Arena.

SEÑOR ARENA.- Señor Presidente: con la desaparición física del doctor Hugo Batalla, el país ha perdido a una personalidad política de suma importancia dentro y fuera de la República; el gobierno, a un gran Vicepresidente, y nuestra generación a un referente ético-político de extrema relevancia.

Tuve pocas oportunidades de tratarlo personalmente, pero he seguido su actuación pública con suma atención durante más de treinta años y sé de su brillantez intelectual, de su honradez acrisolada y de su disposición para tratar la problemática social y aportar soluciones para sus conciudadanos más necesitados, por quienes siempre luchó y trabajó sin desmayo.

Fue un político que nunca condicionó sus decisiones a la previa auscultación de las consecuencias que éstas pudieran tener. Nunca utilizó el sistema del sondeo previo, la encuesta sobre las repercusiones que la posición tomada tendría sobre los votantes, para luego seguir o no con lo enunciado, tal como hoy, lamentablemente, se estila. En el acierto o en el error, tomó siempre el camino que le señalaba su percepción en relación con lo que más convenía a su país y a sus conciudadanos, sin importarle jamás los réditos ni los débitos que su conducta tendría en el futuro.

Defensor acérrimo del sistema democrático y de sus agentes, sin proponérselo se constituyó en un referente ineludible para generaciones de uruguayos como la mía, que vieron la independencia, la honestidad y la inteligencia de sus actitudes y de su actuación, acompasando sus dichos con los hechos, con una cristalinidad irreprochable.

Quienes como yo discreparon con muchas de sus posiciones, reconocen en el doctor Batalla una vida dedicada a un ideal con cristalina honestidad, humildad y bonhomía muy especiales. Esto también se reconoce en el exterior, por lo que la fórmula presidencial uruguaya ha sido objeto de respeto y de admiración en todos los foros internacionales.

Tal vez haya sido el político nacional más atacado en los últimos años, por la claridad de las posiciones que tomó en las difíciles circunstancias que debió enfrentar y, por ello, son muchísimos más que sus votantes o correligionarios quienes lo reconocen como referente ético-político.

Vivió de tal manera que sus verdaderas derrotas no fueron cívicas, sino las que le provocaron la intolerancia, la ingratitud y

la incomprensión de quienes se creen iluminados y con la verdad en el puño crispado.

Por lo expresado, y por muchas razones más que la personalidad del doctor Batalla me evoca, desde esta banca doy a sus familiares -a su señora, a su hija, a sus nietos- y a sus fraternos correligionarios, el señor Ministro Yamandú Fau, el doctor Carlos Cassina y el señor Legislador Prieto, mis más sinceras condolencias por la gran pérdida sufrida.

SEÑOR PRESIDENTE.- Tiene la palabra el señor Legislador Chifflet.

SEÑOR CHIFFLET.- Señor Presidente de la República; señores Ministros; distinguidas personalidades que movidas por la emoción rodean este Hemiciclo; señoras; señores; señor Presidente: debo necesariamente ser breve, en primer lugar, por respeto a todos ustedes y, en segundo término, porque como surge de todos los discursos pronunciados por los señores Legisladores, hay en torno a la personalidad de Hugo Batalla una suerte de consenso en cuanto a ciertas virtudes esenciales que, de alguna manera, constituyen el ser nacional, un estilo que nos lleva a coincidencias profundas más allá de discrepancias encendidas, apasionadas a veces.

Solamente mencionaré algunas imágenes que llevo en el alma, relacionadas con esta personalidad desaparecida. Debo manifestarlas, subrayo, en nombre de los Diputados del Frente Amplio. Muchos de nuestros compañeros deseaban hacer uso de la palabra. Suele suceder en estos casos -y lo digo casi en forma de disculpa a los asistentes- que todos queramos, de alguna manera, dejar constancia de la emoción, de la solidaridad, de la adhesión, del homenaje que nos despiertan algunas figuras como la del señor Vicepresidente desaparecido. Por descarte -quizás mal descarte- los compañeros me han designado para que pronuncie estas palabras.

En primer lugar, debo recordar al Batalla adolescente, al joven, lleno de vida, con la misma alegría que mantuvo hasta sus últimos años. Brillante estudiante, inteligente, que despertaba la adhesión de los compañeros del liceo Bauzá, al que concurrió también el distinguido Senador Jorge Batlle y donde nos conocimos.

Naturalmente que estos recuerdos nos traen emociones muy profundas. Apenas contaré telegráficamente algunas. En cierta oportunidad, la Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay declaró una huelga que se extendió quizás excesivamente. Preocupados por la posibilidad de perder el año, creamos un liceo libre, que funcionó en las salas que nos facilitó un club de la zona, el Club Bella Vista. Por cierto, no tuvo demasiado éxito ese liceo, aunque concurríamos diariamente para por lo menos demostrar a la opinión que nos atacaba en ese conflicto, que nuestra posición en la huelga no era por no estudiar. Finalmente, después de bastante tiempo, el conflicto se levantó. Debo confesar que no fue con una victoria y los últimos estudiantes de nuestro grupo que nos reintegramos fuimos el compañero Batalla y quien les habla.

Naturalmente, en otras oportunidades la vida nos hizo vivir circunstancias parecidas, derrotas, que de alguna manera son orgullo, pero derrotas al fin.

En otra ocasión, siendo adolescentes, con Batalla y con un grupo de muchachos visitamos al señor Ministro del Interior, Dardo Regules, para plantearle lo que sucedía en aquellas zonas convulsionadas de La Teja y el Cerro. Le denunciábamos que había policías particulares de las patronales que agredían a los trabajadores. Y allí lo vimos con la misma firmeza, alegría y fraternidad, plantear al Ministro lo que otros extendimos con testimonios acerca de lo que ocurría en aquella oportunidad.

Como he prometido ser casi telegráfico, tendré que recordar sólo algunas cosas esenciales. Debo recordar la figura de Batalla a la hora germinal, auroral de la fundación de la fuerza política Frente Amplio.

Aquí se ha señalado algo que resulta particularmente importante y que todos los sectores han destacado como esencial. En circunstancias difíciles de la vida de los pueblos, a veces todas las profesiones resultan casi inútiles. Batalla ejerció la abogacía con particular dedicación, aun cuando -en los años a que aludo- la profesión no daba resultados.

Cuando el actual Senador Korzeniak y el escritor Carlos Martínez Moreno deben retirarse del país para evitar la persecución y la cárcel, Batalla queda con la defensa del compañero Líber Seregni. Quienes hemos estado más de una vez, esporádicamente, encerrados, no nos podemos imaginar lo que pueden ser once años seguidos de prisión, además, injusta.

Sé perfectamente -lo he dicho como consuelo a algunos señores Generales compañeros- que ellos tuvieron que sufrir mucho, pero quizás hayan conseguido un grado muy importante. Quizás sufran porque no puedan tender lazos fraternos o tener amistad con sus compañeros de generación, o con todos ellos. Pero es muy importante que lleguen a zonas humildes y tengan para el pueblo, para la gente humilde, el grado de compañeros.

Durante esos once años Batalla visitaba al compañero Seregni y me recordaba alguien que tuvo también largos años de prisión, el actual Senador Ponce de León, que Batalla y una gran personalidad del Partido Nacional, Diego Terra Carve, eran los abogados de un luchador sindical, Héctor Rodríguez, y que cuando hacían sus visitas, Ponce de León podía de alguna manera recoger esa fraternidad elemental, que era lo poco que un abogado podía ofrecer a los prisioneros o a los defendidos en esos tiempos sombríos.

Corresponde señalar que no sólo fue el defensor de Raúl Sendic en un momento en que los abogados de alguna manera escurrían su título y lo escondían para no aparecer manoseados por tribunales que no respetaban su jerarquía. Pero Batalla no fue sólo en esa oportunidad a acompañar a Raúl Sendic. A la salida de las horas de sombra lo visitó con frecuencia en su domicilio, lo que no quiere decir que coincidieran, pero tenían el diálogo franco que Batalla sabía tener absolutamente con todos.

El compañero Legislador Mujica, a quien escuchamos con frecuencia en silencio porque aporta pensamientos profundos, hoy nos decía que la gran virtud de un abogado, del abogado Batalla, en ese momento, era saber escuchar a la gente, lo mínimo que se podía hacer, ya que el ejercicio de la profesión no permitía casi otra cosa. Y esto de escuchar a la gente, de saber ser solidario, que el señor Legislador Michelini definió como refugio, para nosotros es algo esencial, importante, fundamental.

También fue Batalla integrante de la multitud que recibió el cadáver de Raúl Sendic cuando llegó al aeropuerto de Carrasco. Y él también, buscando dar voz a todos, aunque no fuera su propia voz, fue casi garantía de una radio que tuvo el Movimiento de Liberación Nacional. Sabíamos, además, que en temas como el de los derechos humanos, por ejemplo, podíamos entendernos con franqueza, aunque discrepásemos en algunos aspectos.

Siento sinceramente que Batalla ha cumplido en su trayectoria vital con algunas cosas esenciales. Alguna vez, leyendo a Malraux, en su diálogo con De Gaulle, se me grabó que este escritor señala que la grandeza de un hombre se define por saber tomar partido en las querellas de su tiempo. Y en algunas querellas fundamentales, nuestras y ajenas, Batalla tuvo, a nuestro modo de ver, actitudes muy dignas. Vivió su vida en tal forma que su muerte resulta para todos una suprema injusticia, para decirlo con palabras de Unamuno.

Estas imágenes y otras que no debo detallar con extensión por respeto a todos los presentes, porque esta sesión ya se ha hecho demasiado extensa, forman parte de nuestro recuerdo; y el recuerdo de alguna manera, como la creación, es una forma de tratar de luchar con la muerte para sobrevivirla.

A sus familiares, a su Partido, nuestra sincera solidaridad.

SEÑOR PRESIDENTE.- Tiene la palabra el señor Legislador Prieto.

SEÑOR PRIETO.- Señor Presidente de la República, distinguidas autoridades que se han hecho presentes en el homenaje a este amigo, a este ciudadano, a este representante -como bien se dijo- de los humildes: nosotros tenemos la obligación política de valorar cada una de las expresiones vertidas por los señores Legisladores, representantes de los sectores y partidos políticos. No podemos quitar a los familiares de Hugo Batalla el derecho legítimo de recibir el homenaje que se le rinde al padre, al abuelo, al esposo, al tío, al jefe de la familia. Sí me cabe el inmenso aunque doloroso honor de expresar nuestro agradecimiento en nombre de nuestro Partido, del PGP, en nombre de esa concepción política que bajo cualquier bandera o lema hemos sabido sostener, con acierto o con error, seguros de que estábamos cumpliendo con lo que eran nuestras ideas y compromisos con la ciudadanía.

Hugo fue, para nosotros, mucho más que un conductor. Fue un filósofo capaz de enseñarnos, a veces con gestos, a veces con palabras, el camino que realmente debemos recorrer en la vida quienes ponemos nuestros esfuerzos al servicio de los ciudadanos que nos honran con su representación, con cualquier función en la Administración Pública o cualquier lugar de trabajo en la vida social de una comunidad.

Hugo fue la luz que siempre nos iluminó, y sin ninguna duda es la luz que seguirá iluminando nuestro camino y nuestro pensamiento. Es posible que, por más esfuerzo que hagamos todos sus compañeros, pero esencialmente los humildes de este país, no lleguemos a plasmar lo que Hugo deseaba que hiciésemos entre todos y para todos; es posible, porque la dinámica de los tiempos hace que su propio pensamiento deba ser revisado dentro de determinados lineamientos morales que no alteran su esencia porque cambien las circunstancias.

Por esa razón, recogemos todas las expresiones como provenientes del pueblo uruguayo. Particularmente hablamos por nuestro PGP, pero también por todos los humildes que no pueden expresarse en este recinto o, tal vez, en ningún otro lugar; y no sólo los humildes del Uruguay sino los humildes del mundo, a los que Hugo quiso y quiere tanto, aun desde el más allá.

Trataré de que mi emoción y mi corazón funcionen juntos en el compromiso con el amigo que se fue.

Gracias, señor Presidente, señores Legisladores y autoridades.

SEÑOR PRESIDENTE.- Dése cuenta de una moción llegada a la Mesa, presentada por los señores Legisladores Abdala, Alonso, Boerr, Molinelli, Larroque, Fernández Chaves, Stirling, Guerrero Silva, Testoni, Bertolini, Millor, Scarpa, Núñez, Pereira Pabén, Saravia Olmos, Espinosa, Pozzolo, Virgili, Vener Carboni, Díaz Burci, Sanabria, Aguiar, Prieto, Posada, Baráibar, Atchugarry, Chápper, Brezzo, Corbo, Iglesias, Ibarra, Pita, Batlle, Hualde, Pais, Santoro, Borsari Brenna, Gamou, Singer, Legnani, Saralegui, Nicolini, Morelli, Segovia, Gargano, Arregui, Canet, Lara, Javier García, Alvarez, Bolla, Abelenda, Dalmás, Astori, Barandiarán, Orrico, Bosch, Barreiro, Díaz Maynard, Castro Riera, Penadés, Mahía, Pintado, Mujica, Ponce de León, Cardoso, Rubio, Bayardi, Gandini, Arismendi, Mallo, Chifflet, Balbi, Charlone, Costa, Ricardo Falero, Ayala, Storace Montes, Rafael Michelini, Felipe Michelini, Pereyra, Dos Santos y Arena.

(Se lee:)

"La Asamblea General, al tributar su sentido homenaje al Presidente de la Asamblea General, doctor Hugo Batalla, resuelve: 1) Ponerse de pie y guardar un minuto de silencio.- 2) Designar a los señores Legisladores doctor Jorge Batlle y doctor Walter Santoro para hacer uso de la palabra en nombre de la Asamblea General en el acto de despedida de los restos mortales del doctor Hugo Batalla que se realizará en el Palacio Legislativo el día de las exequias.- 3) Participar por la prensa el lamentado fallecimiento y enviar ofrenda floral.- 4) Hacer llegar a la familia la versión taquigráfica de los discursos pronunciados en la sesión de la Asamblea General especialmente convocada en homenaje al eminente ciudadano desaparecido".

-Se va a votar.

(Se vota)

-95 en 95. Afirmativa. **UNANIMIDAD.**

La Mesa invita a la Sala y a la Barra a ponerse de pie y guardar un minuto de silencio.

(Así se procede)

4) SE LEVANTA LA SESION

-Se levanta la sesión.

(Es la hora 20 y 59)

Lic. HUGO FERNANDEZ FAINGOLD
Presidente

Mario Farachio
Martín García Nin
Secretarios

Mario Tolosa
Director del Cuerpo de Taquígrafos
de la Cámara de Representantes

Corrección y Control de la Impresión
División Publicaciones del Senado

Dep. Legal Nº 205148/98